

CRONICAS

EL CURSO «EUROPA» DE LA UNIVERSIDAD MENENDEZ Y PELAYO, DE SANTANDER, HA CUMPLIDO UNA DECADA

El Curso monográfico europeísta de la Universidad Menéndez y Pelayo, de Santander, ha llegado a su décima edición. En estas latitudes, tan dadas a las improvisaciones y a los ensayos inviables, diez años son mucho tiempo. Quiere decir que la obra emprendida tiene ya una solera y un arraigo evidentes.

No descubrimos ningún secreto diciendo que el taumaturgo se llama Jesús Gay Ruidíaz. Al esfuerzo incansable del director del Seminario Central de Estudios Europeos se debe que haya perdurado esta agradabilísima tertulia veraniega —prieta de afanes y de trabajo— bajo los suntuosos artesonados de La Magdalena. El escenario, desde luego, es único. Quien lo escogió como Universidad Internacional tuvo ojo de lince. Hablar de problemas europeos, y sobre todo de la vieja y entrañable cultura europea, durante una quincena, en esa punta de la rada santanderina, es un placer inefable.

Ha habido, en esta décima edición del Curso, una notoria representación extranjera. Acaso los franceses hayan constituido el grupo más nutrido, pero no han faltado gentes de todas las esquinas de la vieja Europa. Hemos encontrado a faltar —todo hay que decirlo— a algunos veteranos de La Magdalena: el polaco Jerzy Lukaszewski, hombre muy ducho en los problemas del mundo eslavo, tan presente y tan importante; el gran escritor Denis de Rougemont, que nos había proporcionado, en anteriores cursos, enseñanzas inolvidables; el profesor Bettiol, de Padua, de ancha humanidad y alma grande; el buen amigo Vittorio Vettori, de Florencia; el alemán Paul Bahr, a quien un desdichado accidente impidió tomar parte en nuestras tareas... y, desde luego, a los ingleses, que animaron siempre las controversias con su humor inimitable. Todos los veteranos de La Magdalena recordamos la formidable polémica que en la redacción del periódico *Alerta* sostuvieron el diputado conservador Charles Fletcher-Cooke —que me profetizó, con estu-

penda convicción, el triunfo de su partido— y los laboristas Carter-Jones y Roberts.

Sin embargo, las presencias nos han compensado, en parte, de las ausencias. No hemos resuelto los problemas europeos, claro está, pero hemos aprendido a conocernos un poco mejor. El diálogo y el contacto suavizan y allanan muchas cosas. Hace un par de años, el profesor González Víquez, de la Universidad de San José de Costa Rica, nos dijo: «Estos cursos honran a España. Me asombra la libertad en que se desarrollan las controversias. Acaso, en mi país, haya quién dude de todo esto cuando se lo cuente».

En definitiva —y la frase no es mía—, Europa es más una idea que un espacio geográfico o una comunidad de intereses. Máximo d'Azeglio —literato del Rissorgimento—, solía decir: «He aquí a Italia, ya hecha. Ahora sólo falta hacer los italianos». Respecto a Europa y a los europeos, no sería desatinado repetir lo mismo.

PARADOJAS, ESQUEMAS LÓGICOS Y ANÁLISIS DESPIADADOS

Es materialmente imposible dar ni siquiera una idea esquemática de todo cuanto se debatió en el Salón de la Reina del Palacio montañés. Carecemos, es obvio decirlo, de tiempo y de espacio. Pero procuraremos dar una fugaz visión de los temas y de la formidable diversidad de pareceres. Mirando hacia atrás nos pasma que, en tan escasos días, pudieran examinarse tantas materias. Porque la verdad es que desde la inauguración del Curso por don Juan de Urbina, secretario de la Delegación Nacional de Cultura —quien resaltó el carácter cultural y universitario de esta edición—, hasta el emotivo homenaje al amigo Jesús Gay, que cerró la quincena, los participantes tuvimos contadas ocasiones de sestear.

Francis Rosenstiel, secretario de la Comisión Política de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa, vertió unos cuantos conceptos, muy interesantes, y jugó ampliamente con la paradoja: «Existe una crisis del principio parlamentario —dijo— más profunda que la del concepto de democracia». «Los jóvenes revolucionarios que han roto las ventanas de la Universidad de ayer no pertenecen a la de mañana; son simplemente nuestra mala conciencia.» «La tecnocracia es un peligro.» «¡Tecnócratas de todo el mundo, uníos!, podría ser el nuevo lema de la demagogia.»

El director del Curso, Jesús Gay, glosó, en la lección inaugural, los puntos más importantes del temario general. Hizo hincapié en la necesidad, para los europeos, de eliminar las guerras fratricidas, y de alcanzar una federación que aglutine a todas las naciones libres. Al finalizar su profunda intervención,

dijo: «Si siempre nos han preocupado los problemas que afectan a las Comunidades, este año el interés es mayor a la vista del acuerdo preferente firmado entre España y el Mercado Común».

El profesor Cruz Hernández, de la Universidad de Salamanca, efectuó una exposición fría, aséptica de elementos emocionales, pero muy lúcida. Digamos que puso un poco de orden, un cierto rigor científico en los debates: «La burguesía —afirmó— está hoy día más o menos periclitada, pero fue una gran clase social». Trazó luego su esquema del desarrollo «futuraible» de Europa: etapa técnica — etapa económica — etapa financiera — etapa educativa — etapa informativa y, como culminación, etapa política.

William Ugeux, de Lovaina, es un hombre muy informado y muy agudo. Habló de la crisis de la sociedad de consumo a través del prisma de la información, que es su especialidad: «Las grandes agencias de noticias del mundo —nos explicó—, que son cinco, escogen las noticias según su comercialidad y las pasan por un tupido tamiz. Tres de ellas son europeas, pero la información que facilitan no puede denominarse europea. No se puede hablar, en puridad de concepto, de una prensa, una radio o una televisión específicamente europeas. Mejor que de una sociedad de consumo, se debería hablar de una sociedad de producción. Las grandes Empresas nos condicionan de acuerdo con sus necesidades, no con las nuestras. Gracias a la publicidad somos manipulados, traídos y llevados. No es cierto, contra lo que los economistas intentan hacernos creer, que una economía en expansión constante sea el único camino para el desarrollo de la humanidad. Tampoco es cierto que sólo el trabajo productor de bienes ennoblezca al hombre. Hay otros trabajos, como la meditación, la creación artística o la investigación pura, que lo hacen también. El artista no es un parásito de la sociedad».

LOS HUMANISTAS

Don Juan Beneyto ha venido figurando, desde hace muchos años, en el censo de conferenciantes del Curso «Europa en el mundo actual». Es ya allí, entre nosotros, una institución. Su profundidad de concepto y su llaneza son una ayuda para todos. Hogaño habló de «Europa, producto de integración cultural». «Europa es algo más que un espacio geográfico —puntualizó—, pero algo menos que una unidad política. La idea de Europa se ha ido haciendo cada vez más abstracta, mientras que el estado es cada vez más concreto.»

Defendió el señor Beneyto la necesidad de una labor de propaganda de Europa a nivel de masas y a nivel superior. «Los hombres esencialmente

Europeos, como nuestro Vives, no son conocidos; están ausentes en la circunstancia actual.» «A nivel de masas, que tienen todavía un gran fervor nacionalista, convendría instaurar una Fiesta de Europa.»

En su segunda intervención, don Juan Beneyto examinó, magistralmente, la realidad y la historia de Europa desde el punto de vista de «trato y contrato». Es decir, convivencia y relación económica y jurídica. El europeo es tratante y contratante.

El famosísimo escritor brasileño, Josué de Castro, logra encandilarnos siempre con el tornasolado juego de sus paradojas y la valentía agresiva de sus conceptos. Asistir a una de sus charlas es todo un espectáculo colorista. «Hay medio mundo que no come —afirmó— y otro medio que no duerme de puro temor al que no come.» «Es errónea la división entre pueblos desarrollados y subdesarrollados, creo más bien en una división entre países dominantes y países dominados. Muchos países pobres tienen su modelo ideal en los Estados Unidos, lo cual es un error lamentable... Norteamérica es un país muy fuerte, poco próspero y nada feliz. Tiene una distribución de bienes casi tan deficiente como la de los países subdesarrollados.»

Naturalmente, puede estarse o no de acuerdo con las teorías de Josué de Castro. Pero lo que nadie se atreverá a negar es que el autor de *La geografía del hambre* conoce a fondo eso que llamamos, con un cómodo eufemismo, el Tercer Mundo.

Lo que en Castro es esgrima dialéctica, brillantez y fuego de artificio, es, en Jorge Uscatescu, profundidad. Para nadie constituye un secreto que Uscatescu es uno de los mayores ensayistas políticos de la Europa actual. Glosar aquí, en un brevísimo resumen, el contenido de sus charlas sobre el tema: «La cultura europea ante las antinomias de la libertad», es tarea prácticamente imposible. Habremos de insistir sobre ello en un trabajo aparte.

En otro aspecto, Jorge Uscatescu, nacido y formado en la vieja Dacia, es un hombre que conoce a fondo la idiosincrasia y los problemas de esa Europa oriental, cada vez con más peso específico en el continente. Precisamente nos dio su primera conferencia el mismo día en que regresaba de un viaje a Rusia: «Podemos calificar la actual situación del comunismo como de nacionalista. Hay ahora una gran pluralidad de ideas dentro del marxismo, pero todo converge en un problema fundamental: la burocracia; que hace que la situación en los países comunistas sea tan precaria y grave como en las sociedades de consumo. El gran drama del comunismo radica en que no puede configurar su propia existencia en una convivencia normal y libre».

Tampoco podemos dejar de citar a otro veterano de La Magdalena, el inglés John F. Bradley, profesor de Derecho constitucional en la Universidad de Manchester y profundo conocedor de la mentalidad eslava. Disertó sobre

«Las relaciones Este-Oeste. La seguridad colectiva en Europa». «La burocracia soviética —explicó— se encuentra sometida a la presión de hacer la revolución más dinámica, sin llegar a la guerra nuclear. El edificio monolítico de la época estaliniana presenta signos de cuarteamiento.»

VARIEDAD Y AMPLITUD DE LOS TEMAS

Desfilaron también por la cátedra de este Curso europeísta, hombres de la talla de Nicolás Sombart —hijo del famoso sociólogo y economista—, jefe del Servicio de Estudios del Consejo de Europa, quien analizó «La integración europea en la perspectiva del año 2000» y «La evolución de las sociedades industriales y la integración europea»; François Bellanger, de la Universidad de Estrasburgo, que nos dio una admirable exposición de ciertos problemas del Derecho marítimo, en relación con el disputado «Mare Nostrum»; Roberto Jacobo, agregado de nuestra Embajada en Bélgica, que profundizó sobre la morfología política de la «pequeña Europa»; el profesor Dubois, director de Relaciones de los Países Europeos Asociados, que penetró en el tema de nuestro flamante acuerdo con la C. E. E., con el contexto de la política exterior comunitaria, y el novelista Francisco Umbral, que puso una nota de color en las apretadas jornadas, disertando sobre tres narradores europeos de gran actualidad y trascendencia —aunque uno de ellos sea ya casi un clásico—, Musill, Durrell y Proust.

Capítulo aparte merece la destacada intervención del señor Ricardo Mónaco, juez del Tribunal de las Comunidades europeas, que tuvo a su cargo el difícil y árido cometido de explicarnos las relaciones entre el Derecho comunitario y el Derecho de los Estados.

El catedrático y director del Instituto de Estudios Políticos, don Luis Legaz Lacambra, interesó grandemente al auditorio al exponer el tema del «Humanismo y anti-humanismo en las ideologías de nuestro tiempo». Señaló que el humanismo es una gran creación europea que considera al hombre como la medida de todas las cosas. Muchas ideologías de nuestro tiempo están impregnadas de este concepto, y así se podría hablar de un «humanismo cristiano», de un «humanismo socialista», etc. Nuestra época es favorable al humanismo, aunque penetre, cada vez más, el elemento científico. El humanismo, que ahora casi implica una ideología conservadora, históricamente no tuvo ese significado, si bien siempre ha sido considerado como un producto de la burguesía.

En su segunda conferencia, el profesor Legaz Lacambra dijo que el problema del humanismo alcanza hoy un relieve especial puesto en relación

con el estructuralismo. En esta relación hay que apuntar que gran parte de los estructuralistas son marxistas, y que el estructuralismo es apoyado por esta ideología como teoría científica. La relación respecto del humanismo se complica con la presencia del estructuralismo dialéctico de Goldmann, Bloch y otros, y con la actitud del existencialismo de Sartre ante el estructuralismo y el marxismo. La posición, rígidamente estructuralista, de Althusser, ha producido importantes trabajos dedicados a desmontar la interpretación humanista de Marx. Althusser no niega que Karl Marx, en su juventud, fuera humanista, pero aún no era «marxista». La obra científica de Marx supone una ruptura radical con el humanismo; por eso el actual «humanismo socialista» representa incidir en un «pre-marxismo».

Para terminar, quiero referirme a la presencia, en este décimo Curso «Europa en el mundo actual», del ministro de Cultura de Bélgica, M. Frans van Mechelen, que nos dio una magnífica lección de señorío y de llaneza, contestando siempre a todo cuanto le planteamos. Habló, en lengua inglesa, sobre «El desarrollo cultural y la Europa unida», y posteriormente, sobre «La democratización de la cultura en la Europa comunitaria».

«Los adultos de 1970 —dijo el señor ministro— estamos preparando el mundo del año 2000, en el que la joven generación tomará el mando. A lo largo de la Historia, el proceso de enfrentamiento de dos generaciones es algo normal. La generación que ostenta el poder es conservadora, mientras que los jóvenes plantean la controversia. La "contestación" juvenil se agudiza cada vez más, llegando en algunos casos a ser violenta.» Luego añadió: «El sistema centralizado de los países de Europa occidental no es factible porque una entidad soberana se convierte en una forma más de alineación. En todos los países europeos existe una tendencia regionalista. El Estado debe educar a la población regional y situar las diferentes competencias a su verdadero nivel. Es posible una Europa unida gracias a una federación de regiones. Los Estados de corte napoleónico se dan cuenta de que no son capaces de solucionar ciertos problemas». Terminó el señor Van Mechelen afirmando que el concepto de «Europa de las Patrias» puede ser sustituido por el de «Europa de las regiones». La única patria sería Europa misma.

Debo decir, en estas postreras líneas, que me duele haber tenido que mutilar, resumir y esquematizar tanto. Someter a este duro y cruel lecho de Pro-custo el ingente río de ideas, conceptos y teorías que flotaron en los salones del Palacio de La Magdalena, es tarea ímproba. Que el lector me lo tenga en cuenta.

MARIANO FONTRODONA